

# Nuestra América: el camino al mundo nuevo

Guillermo Castro H.\*

**Resumen:** Aún es frecuente encontrar a personas que piensan, del modo más sincero, que el desarrollo sostenible es aquel que combina el crecimiento económico con la protección de la naturaleza. Este sería un crecimiento bueno y deseable, por contraste con aquel que despilfarra recursos, contamina el entorno y depende de la desigualdad social para disminuir sus costos e incrementar sus ganancias. La crisis que vivimos, sin embargo, ha llevado a un nuevo nivel de complejidad y riqueza el debate sobre el desarrollo sostenible. Hoy sabemos que nuestro desarrollo será sostenible por lo humano que llegue a ser, y que eso demanda la creación de una cultura nueva, que permita a nuestras sociedades ejercer en sus relaciones con la naturaleza la armonía que caracterice a las relaciones de sus integrantes entre sí.

**Palabras clave:** desarrollo, crisis, sostenibilidad, cultura

## Our America: The Road to the New World

**Abstract:** It is still common to find people who think, as sincere, that sustainable development is one that combines economic growth with the protection of nature. This would be a good and desirable growth, as opposed to one that wastes resources, pollutes the environment and depends on social inequality to decrease costs and increase profits. The crisis we live, however, has led to a new level of complexity and richness of the debate on sustainable development. Today we know that our development will be sustainable as much as it becomes human, and that this requires the creation of a new culture that allows our societies to exercise on their relationships with nature, the harmony that characterizes the relationship of its members among themselves.

**Keywords:** development, crisis, sustainability, culture

## Nossa America: O Camino para o Novo Mundo

**Resumo:** Ainda é comum encontrar pessoas que pensam, de forma sincera, que o desenvolvimento sustentável é aquele que combina crescimento econômico com a proteção da natureza. Este seria um bom crescimento e desejável, ao contrario de um que desperdiça recursos, polui o meio ambiente e depende da desigualdade social para diminuir seus custos e aumentar seus lucros. A crise que nós vivemos, no entanto, levou a um novo nível de complexidade e riqueza do debate sobre desenvolvimento sustentável. Hoje sabemos que o nosso desenvolvimento deve ser sustentável para que ele se torna humano, e que isso requer a criação de uma nova cultura que permite que nossas sociedades têm em suas relações com a natureza a harmonia que caracteriza as relações dos seus membros dentro de eles.

**Palavras-chave:** desenvolvimento, crise, sustentabilidade, cultura

**Recibido:** 20.07.2010

**Aceptado:** 18.08.2010

Para Carlos Galano, al Sur,  
y Enrique Leff, al Norte  
de la América nuestra

“Y Jehová dijo a Caín: ¿Dónde está Abel, tu hermano?  
Y él respondió: No sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?”.  
(*Génesis*, 4,9)

“La gran división que pone de un lado a unos seres  
humanos, y conserva a otros, como ornamentos, de otro

---

\* Fundación Ciudad del Saber, Ciudad de Panamá, Panamá. Email: gcastro@cdspanama.org

lado, es la división entre egoístas y altruistas, entre aquellos que viven exclusivamente para su propio beneficio [...] y aquellos a quienes más que el propio bien, o tanto por lo menos, preocupa el bien de los demás. El avaro es el tipo esencial del egoísta; el héroe es el tipo esencial del altruista.”

(José Martí)<sup>1</sup>

## Dilemas

La respuesta de Caín a Jehová sintetiza de manera temprana y clara el dilema fundamental del desarrollo de nuestra especie. ¿Hasta dónde llegan, en efecto, los límites de nuestra singular disposición a la solidaridad? ¿Dónde se encuentran, por otra parte, los del egoísmo indispensable para asegurar nuestra existencia y de la de nuestros semejantes cercanos? Únicamente en la especie humana, aquella en que la materia alcanza el grado de desarrollo que le permite pensarse y representarse a sí misma, cabe imaginar que se cuestione a sí misma en términos tales.

Esto es tanto más significativo en lo que hace al debate en torno al desarrollo sostenible, en cuanto la situación que condujo al agricultor Caín a asesinar al pastor Abel está asociada al conflicto entre grupos humanos cuya existencia depende de estrategias mutuamente excluyentes de relación con el medio natural. Únicamente quien se considere a sí mismo guardián de su hermano, al grado de estar dispuesto a amar a su prójimo como a sí mismo – sea éste su contemporáneo, o esté por venir en algún momento del futuro – está en la capacidad de alcanzar el grado de heroísmo de pensamiento, palabra y obra, en el sentido martiano del término, que lo distinga del egoísta que sólo vive en función de sus intereses.

El intento de eludir este dilema ético ayuda a entender el hecho de que aún sea frecuente encontrar a personas que piensan, del modo más sincero, que el desarrollo sostenible es aquel que combina el crecimiento económico con la protección de la naturaleza. Este sería un crecimiento bueno y deseable, por contraste con el dominante en todo el planeta, que despilfarrar recursos, contamina el entorno y depende de la desigualdad social para disminuir sus costos e incrementar sus ganancias.

Hay algo de verdad en eso, sin duda, pero no está allí toda la verdad: encontrarla, por lo mismo, ya es una tarea de importancia mayor que en cualquier momento anterior. La crisis que vivimos, en efecto, ha venido a complicar el debate sobre el desarrollo sostenible, tanto en lo que hace a la composición de los participantes, como a la circunstancia que los vincula. Las posiciones en disputa no se reducen ya a las del ambientalismo enfrentado al desarrollismo liberal o al pensamiento único neoliberal, como ocurrió a lo largo de las décadas de 1980 y 1990.

Por el contrario, empieza a tomar forma en el mundo un mercado de bienes y servicios ambientales en rápida expansión. El crecimiento de ese mercado parece tener un carácter especialmente perverso a primera vista. Su estímulo principal se encuentra en un crecimiento económico inexorablemente asociado al deterioro social y el deterioro de la biosfera. Así, la huella ecológica que resulta del carácter desigual y combinado del proceso de desarrollo que sustenta ese crecimiento se expresa en el impacto de consecuencias del mismo como el calentamiento global, el cambio climático, el sobreconsumo de energía y recursos, y la insatisfacción de sus necesidades básicas que aqueja a miles de millones de personas.

En una circunstancia así, el debate tiende a extraviarse en una Babel de intereses, conceptos y lenguajes, en que se confunde el proceso general del desarrollo con una u otra de sus formas históricas particulares. En una situación así, las Humanidades pueden ofrecernos un auxilio valioso en lo que

---

<sup>1</sup> “Libro nuevo y curioso”. *La América*. Nueva York, mayo de 1884. *Obras Completas*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975. XV, 396.

hace, por ejemplo, al importante papel que desempeñan las metáforas en la formación y las transformaciones de nuestras concepciones del mundo, y de las formas de conducta social asociadas a las mismas. Así, decía Gramsci, nos encontramos en una circunstancia en la que, al ocurrir el paso de una concepción a otra “el lenguaje precedente permanece, pero se usa metafóricamente” y, con ello,

“Todo el lenguaje se ha convertido en una metáfora y la historia de la semántica es también un aspecto de la historia de la cultura: el lenguaje es una cosa viva y al mismo tiempo un museo de fósiles de una vida pasada.”<sup>2</sup>

La metáfora, en efecto, posee la capacidad de combinar múltiples significados no excluyentes entre sí, para aludir a aquellos factores de incertidumbre que nutren las situaciones de malestar en la cultura, y facilitar así el paso de la intuición a la certeza, y de ésta a la acción humana. En esta tarea, la metáfora recurre con frecuencia a intercambios de muy diverso orden entre campos distintos de la cultura y el conocimiento. Así, la comprensión de nuestras relaciones con el mundo natural se facilita al tomar en préstamo una relación sociocultural para aludir a la naturaleza como una madre generosa que trabaja para sostener a sus hijos, pero que puede también someterlos a duro castigo si abusan de ella. Y, a la inversa, la noción de desarrollo – heredera de las de civilización y progreso, y de los fósiles correspondientes a la vida pasada de la que surgieron – opera a partir de una apropiación metafórica, por parte de la economía y las ciencias sociales, de un concepto proveniente de la biología, que designa el proceso de formación, maduración y muerte de los organismos vivientes.

La metáfora, sin embargo, alude y elude a un tiempo el sentido más profundo de aquello que señala. Así, al excluir del desarrollo como categoría social y económica la muerte del organismo que se desarrolla, puede llevarnos a atribuir un carácter natural a hechos que en realidad corresponden a creaciones culturales. En esta perspectiva, el desarrollo sostenible alude al agotamiento de aquella visión del mundo que, entre las década de 1950 y 1970, sintetizó en el desarrollo (sin adjetivos) la esperanza de que el progreso técnico y sus frutos llegaran a toda la Humanidad - de modo que el crecimiento económico sostenido garantizara bienestar social y participación política crecientes para todos -, pero elude al mismo tiempo referir ese concepto a las condiciones históricas que le dieron forma.

En verdad, el desarrollo del que se trata es el de nuestra especie a lo largo de los últimos cien mil años en su doble y simultánea dimensión biológica y sociocultural. Sus problemas incluyen, por supuesto, aquellos que se derivan de las condiciones creadas por ese proceso en el curso de los últimos cinco siglos – y del siglo XX en particular –, desde el extraordinario crecimiento de nuestro número hasta la formación de una primera comunidad mundial de los humanos, el despliegue de formas de intervención en la naturaleza y de niveles de producción material y contaminación sin precedentes, y el hecho de que las formas de relación social y de organización de la cultura que hicieron posible todo esto han venido a entrar en contradicción creciente con las necesidades que se derivan de esos resultados.

Lo ilegítimo aquí - esto es, lo eludido en la metáfora - consiste en confundir ese proceso general con cualquiera de las formas históricas puntuales que han contribuido a su despliegue, o han terminado por distorsionarlo y bloquearlo. Verlo así permite trascender la metáfora del desarrollo sostenible, para pasar del problema sin solución de hacer sostenible una forma histórica particular del desarrollo humano, a encarar la necesidad de encontrar y construir las formas nuevas que hagan sostenible ese desarrollo en el futuro.

Hoy, en suma, podemos decir que nuestro desarrollo será sostenible por lo humano que llegue a ser, y que ese carácter tendrá su expresión más clara en nuestras capacidades para la cooperación solidaria. Así, la crisis que vivimos nos ofrece la oportunidad de ir hacia una modalidad nueva de organización de nuestro desarrollo que resulte sostenible en la medida en que nos permita pasar del reino de la necesidad de crecer a cualquier costo, para acumular a toda costa al de la libertad, donde la equidad

---

<sup>2</sup> *Cuadernos de la Cárcel*, 2 (1930 – 1932), p. 150. Ediciones ERA, México, 1984.

deja de ser una aspiración para convertirse en la norma de las relaciones de los humanos entre sí y con su entorno natural.

Visto así, el papel de la educación y la cultura en ese paso puede ser expresado, desde lo mejor de nosotros mismos, en los términos que utilizara José Martí en 1884:

"Ser bueno es el único modo de ser dichoso. Ser culto es el único modo de ser libre. Pero, en lo común de la naturaleza humana, se necesita ser próspero para ser bueno. Y el único camino abierto a la prosperidad constante y fácil es el de conocer, cultivar y aprovechar los elementos inagotables e infatigables de la naturaleza. La naturaleza no tiene celos, como los hombres. No tiene odios, ni miedo como los hombres. No cierra el paso a nadie, porque no teme de nadie. Los hombres siempre necesitarán de los productos de la naturaleza. Y como en cada región sólo se dan determinados productos, siempre se mantendrá su cambio activo, que asegura a todos los pueblos la comodidad y la riqueza."<sup>3</sup>

El interés de Martí por el papel de la naturaleza en la historia y en el progreso de la Humanidad ocupa un importante lugar en la reflexión sobre el lugar y el destino de nuestra América en el mundo moderno que constituye uno de los ejes fundamentales de su pensamiento. Para 1891, esa reflexión lo llevó a decir que "el buen gobernante en América" sería aquel que supiera "con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la Naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas." "El gobierno", agregó, "ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país."<sup>4</sup>

Aquí están planteados todos los elementos del problema. La educación del pueblo es una condición indispensable para establecer con la naturaleza las relaciones adecuadas para hacer viable la prosperidad de todos. Pero, al mismo tiempo, la posibilidad de llegar a una situación en la que el gobierno venga a ser "el equilibrio de los elementos naturales del país" depende, en una medida decisiva, de que gobernantes y gobernados compartan una misma identidad de cultura y propósitos.

En la mayor parte de nuestros países, sin embargo, la educación no apunta en esa dirección. Por una parte, porque su propósito no es transformar el orden existente, sino perfeccionarlo, por decirlo del modo más piadoso. Por otra, porque ese propósito da lugar a que existan en nuestros países dos educaciones: una para dirigentes, concentrada sobre todo en el sistema privado al que acude una minoría de privilegiados, y otra para dirigidos, concentrada sobre todo en el sector público al que acude la masa de los menos afortunados. Por lo mismo, esa educación no está en capacidad de fomentar el tipo de mentalidades y comportamientos correspondientes a una cultura de la sostenibilidad.

Lo anterior, por otra parte, expresa un problema de complejidad aún mayor, que se sintetiza en el hecho de que, puesto que cada sociedad tiene el ambiente que ha creado, quien aspire a un ambiente distinto ha de aspirar a crear una sociedad diferente. Este no es, por otra parte, un problema nuevo, sino un dilema que emerge en cada momento en que ocurre un auténtico cambio civilizatorio. Ocurrió así entre los siglos XV y XVII, cuando se pasó de una civilización organizada en torno al afán de la salvación del alma, a otra cuya razón de ser se encuentra en la acumulación de ganancias, y la teología se vio desplazada por la economía como eje fundamental del pensamiento y de la cultura. Ocorre así ahora, a un ritmo mucho más intenso, cuando la acumulación de ganancias ha triunfado de modo pleno, a cuenta de consecuencias que ponen en cuestión la sostenibilidad del desarrollo humano, y se transita de la economía a la ecología, primero, y a la filosofía de la praxis después, como eje de desarrollo de una cultura nueva.

---

<sup>3</sup> Martí, José: "Maestros ambulantes". *La América*, Nueva York, mayo de 1884. *Obras Completas*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, VIII, 289.

<sup>4</sup> "Nuestra América". *El Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891. *Obras Completas*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, VI, 17.

De hecho, la creación de la cultura de la sustentabilidad ha venido a convertirse en el mayor desafío político, social e intelectual de nuestro tiempo. Por lo mismo, conviene encararlo atendiendo a la advertencia que hiciera Gramsci a quienes se proponían crear, desde la entraña profunda de la gran crisis de 1929, una cultura capaz de transformar el capitalismo en una sociedad que fuera nueva por lo justa y democrática que llegara a ser:

"Crear una nueva cultura no significa sólo hacer descubrimientos "originales"; significa también, y especialmente, difundir críticamente verdades ya descubiertas, "socializarlas", [...], y convertirlas, por tanto, en base de acciones vitales, en elementos de coordinación y de orden intelectual y moral. El que una masa de hombres sea llevada a pensar coherentemente y de un modo unitario el presente real es un hecho "filosófico" mucho más importante y "original" que el redescubrimiento por parte de algún "genio" filosófico, de una nueva verdad que se mantenga dentro del patrimonio de pequeños grupos intelectuales."<sup>5</sup>

La cultura de la sustentabilidad, por tanto, será de masas y de sentido común, o no será. Y será precisamente por eso la cultura que, como quería Martí, permita a nuestros pueblos llegar a ser buenos, libres y prósperos, como merecen ser. Por lo mismo, conviene recordar que la posibilidad de construir esa cultura está asociada a tres hechos de especial importancia en el desarrollo humano. El primero consiste en que los seres humanos adquieren conciencia de sí mismos, y de la posibilidad de transformar sus condiciones de existencia, en el terreno de las concepciones del mundo que dan sentido a su vida en sociedad. El segundo, en que una sociedad solo se transforma cuando ha agotado todas las formas de vida y desarrollo que era capaz de albergar. Y el tercero, en que las formas en que se decante esa transformación dependerán, en una medida decisiva, de las ideas que animen la conducta de las grandes masas humanas que la lleven a cabo.

De eso trata, justamente, un cambio civilizatorio, cuya complejidad explica que el mundo que conocemos sólo haya conocido tres transformaciones de ese orden en su desarrollo. La primera, ocurrida a lo largo de cinco mil años, fue generada por la transición a la agricultura como base material de la cultura; a la esclavitud como estructura social dominante en la interacción con los sistemas naturales, y al paganismo tribal como reflejo de la tierra en el Cielo. La segunda, generada por el triunfo de la revolución cristiana a lo largo de sus primeros trescientos años – y que no vino a agotarse sino un milenio después –, trajo el Cielo a la tierra para establecer la utopía de una salvación abierta a todos los seres humanos, sin distinción de sexo, nación o condición social.

Y la tercera, la que define los términos de nuestra existencia y de nuestras opciones, condujo a la formación del moderno sistema mundial – aquella organización de la desigualdad a escala planetaria que dijera referencia Fernand Braudel - a lo largo de los últimos 500 años, sintetizada de manera tan admirable en el *Manifiesto Comunista* de 1848 al decir que la época inaugurada por ese sistema se caracterizaba "por el constante y agitado desplazamiento de la producción, por la conmoción ininterrumpida de todas las relaciones sociales, por una inquietud y una dinámica incansables." En esa época nueva, añade,

"La burguesía, al explotar el mercado mundial, da a la producción y al consumo de todos los países un sello cosmopolita. [...] Las viejas industrias nacionales se vienen a tierra, arrolladas por otras nuevas, cuya instauración es problema vital para todas las naciones civilizadas; por industrias que ya no transforman como antes las materias primas del país, sino las traídas de los climas más lejanos y cuyos productos encuentran salida no sólo dentro de las fronteras, sino en todas las partes del mundo. Brotan necesidades nuevas que ya no bastan a satisfacer, como en otro tiempo, los frutos del país, sino que reclaman para su satisfacción los productos de tierras remotas. Ya no reina aquel mercado local y nacional que se bastaba así mismo y donde no entraba nada de fuera; ahora, la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones. Y lo que acontece con la producción

---

<sup>5</sup> Gramsci, Antonio: "Concepto de "ideología"." Textos de los Cuadernos posteriores a 1931. Antología. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán. Siglo XXI Editores, 1999 (1970), p. 366

material, acontece también con la del espíritu. Los productos espirituales de las diferentes naciones vienen a formar un acervo común. Las limitaciones y peculiaridades del carácter nacional van pasando a segundo plano, y las literaturas locales y nacionales confluyen todas en una literatura universal.”<sup>6</sup>

De entonces acá, la lectura de estas ideas en cada crisis del sistema mundial ha estimulado nuestra capacidad para imaginar otros mundos posibles a partir del despliegue de las contradicciones y conflictos inherentes a ese proceso de escala e intensidad sin precedentes en la historia de nuestra especie. El *Manifiesto* – como las otras obras de la filosofía de la praxis que lo anteceden y lo siguen – es ante todo una guía para interrogar a la realidad desde la racionalidad profunda de los procesos que dan lugar a su formación y a sus transformaciones. Desde allí, hoy podemos afirmar – en lo mínimo – que el desarrollo de nuestra especie será sostenible por lo humano que llegue a ser a partir de los problemas y las premisas que nos presenta, hoy, lo inhumano de las consecuencias a que nos han conducido las formas históricas de organización que lo han caracterizado del siglo XVI a nuestros días.

## Historia

De lo que se trata, como vemos, es de conocer el mundo de un modo que nos conduzca a transformarlo con todos, y para el bien de todos. Y puesto que se trata de cambiar el curso de la historia, es bueno conocer la historia de que se trata.

En un ensayo dedicado a los desafíos que el progreso científico de nuestro tiempo plantean al quehacer de los historiadores, Eric Hobsbawm señala como ejemplo el hecho de que “la revolución del ADN” haya creado premisas que permitan hoy plantear la necesidad de “un método particular, histórico, de estudio de la evolución de la especie humana [...] un marco racional para la elaboración de una historia del mundo [...]”

“que considere al planeta en toda su complejidad como unidad de los estudios históricos, y no un entorno particular o una región determinada. En otras palabras: la historia es la continuación de la evolución biológica del homo sapiens por otros medios.”<sup>7</sup>

La historia a que se refiere Hobsbawm existe ya, o está al menos en un vigoroso proceso de desarrollo. No es la natural, que tradicionalmente se ha ocupado de la formación y evolución de las especies, ni la ecológica, que se ocupa de la evolución de las formas de interacción de las especies entre sí y con su entorno abiótico. En ambas, por supuesto, hay un lugar para la especie humana, pero ninguna se corresponde de manera específica con los rasgos que distinguen nuestro desarrollo. Ese papel corresponde a la historia ambiental, que se ocupa de las interacciones entre los sistemas naturales y los sistemas sociales, y de sus consecuencias para ambos a lo largo del tiempo y viene a ser, así, la historia general de la Humanidad en el más rico y complejo sentido de la expresión.

En esa perspectiva, la historia ambiental se ocupa de la producción de su propio nicho por la especie humana, a través de la transformación sistemática de los elementos naturales en recursos mediante el trabajo socialmente organizado y también, y sobre todo, de la producción de su propia humanidad por los humanos. Para ello, vincula entre sí al menos cuatro ámbitos de relación: el del entorno biogeográfico en que esa producción tiene lugar; el de las tecnologías y las relaciones sociales vinculadas a las mismas; el de las representaciones culturales de los propósitos de la aplicación de esas tecnologías a esos entornos, y el de la gestión política de las consecuencias de la organización de esas interacciones, en particular aquellas que resultan del conflicto entre grupos sociales distintos que aspiran a hacer usos excluyentes de un mismo ecosistema.

En breve, el análisis de la sostenibilidad del desarrollo humano desde la historia ambiental asigna especial relevancia a los problemas relacionados con la formación de nuevas y más complejas

---

<sup>6</sup> Marx-Engels Internet Archive, 1999.

<sup>7</sup> “El desafío de la razón: Manifiesto para la renovación de la historia”. Revista Electrónica de Estudios Latinoamericanos. [www.rebellion.org](http://www.rebellion.org)

estructuras de organización social que resultan del paso a formas nuevas y más complejas de interacción con los sistemas naturales. Al interior de ese campo de estudio, la historia ambiental presta especial atención a la formación de culturas ambientales dotadas de la capacidad de promover y legitimar valores, percepciones y hábitos correspondientes a tales procesos, y de proporcionar el marco de referencia para incorporar o rechazar los resultados del desarrollo científico y tecnológico, y las transformaciones en las formas de relación de los grupos humanos entre sí y con su entorno natural.

### Opciones

En lo que nos respecta, la extraordinaria complejidad ecosistémica, social y cultural de nuestra América tiene su origen más visible en el período 1500-1550, cuando la región se vio incorporada al proceso de formación del moderno sistema mundial en calidad de proveedora de alimentos, materias primas y fuerza de trabajo, y como espacio de reserva de recursos naturales y humanos. Esa modalidad de inserción definió, entre los siglos XVI y XIX, estructuras de larga duración que operan con tiempos y modalidades distintas en al menos tres sub regiones diferentes.

Una de esas estructuras se articula a partir del trabajo esclavo, asociado sobre todo –pero no exclusivamente– a actividades de plantación. Otra, a partir de distintas modalidades de trabajo servil –desde la encomienda al peonaje–, destinado sobre todo a la producción de alimentos y a la explotación minera. Y otra más, a partir de una amplia gama de actividades de subsistencia en las áreas de la región que escapan a la articulación directa en el mercado mundial durante un período más o menos prolongado. Una afroamérica, una indoamérica y una América mestiza convergen, así, en la formación de aquel “pequeño género humano”, que habíamos llegado a ser ya en 1815, cuando con esa expresión nos definió Simón Bolívar en su *Carta de Jamaica*, habitante de los complejos paisajes urbanos, de plantación, minería, ganadería, de vida comunitaria indígena y de naturaleza virgen que describiera Humboldt a principios del siglo XIX.

El tránsito del siglo XIX al XX fue testigo de la formación de mercados de trabajo y de tierra constituidos mediante procesos masivos de expropiación de territorios sometidos a formas no capitalistas de producción, para crear las premisas indispensables a la apertura de la región a la inversión directa extranjera y la creación de economías de enclave en el marco del llamado Estado Liberal Oligárquico. Los ciclos posteriores –populista, desarrollista y neoliberal– marcarán el camino hacia el siglo XXI entre las décadas de 1930 y 1990.

En el proceso, surgieron nuevos grupos sociales cada vez más vinculados a la economía de mercado; se expandieron las fronteras de explotación de recursos naturales; esa explotación ganó en intensidad y complejidad tecnológica, incluyendo a menudo procesos de elaboración de importante impacto ambiental; se produjo un notable proceso de des-ruralización y urbanización; todas las sociedades de la región ingresaron en procesos de transición demográfica, y la huella ecológica de ese conjunto de transformaciones se hizo cada vez más vasta y compleja. Y todo esto, a su vez, inauguró un período de nuestra historia en que los conflictos entre grupos sociales distintos que aspiran a hacer usos excluyentes de un mismo ecosistema tienen un papel cada vez más importante.

En esta perspectiva, y en lo que hace a nuestra situación ambiental, el rasgo distintivo de la actual fase de desarrollo del proceso descrito consiste en la tendencia a la transformación masiva de la naturaleza en capital natural, a partir de al menos cuatro procesos, a menudo contradictorios entre sí:

- La ampliación de los espacios de explotación de lo que Nicolo Gligo llama “ventajas competitivas espurias” – en particular, recursos naturales y trabajo baratos, y amplias posibilidades de externalización de los costos ambientales –, asociada a menudo a la inversión masiva en megaproyectos de infraestructura;
- La organización de mercados de bienes y servicios ambientales con el apoyo técnico, financiero y político de instituciones financieras y organismos del sistema internacional, y
- La formación de una fracción “verde” del capital, vinculada a iniciativas globales como el Mecanismo de Desarrollo Limpio, que coexiste –a menudo en contradicción, y a veces aun en conflicto– con las fracciones agraria, industrial y financiera, más tradicionales, y

- La formación de una cultura de la naturaleza y un pensamiento ambiental correspondientes a esa nueva forma de desarrollo del capital, expresada en una agenda que abarca temas que van desde la incorporación del patrimonio ambiental de los países a las cuentas nacionales hasta la creciente inserción en nuestras economías de actividades vinculadas a la llamada “economía verde”, con un creciente respaldo de políticas públicas.

La complejidad de la situación que emerge de esta circunstancia demanda ya una nueva reflexión por parte del pensamiento ambiental latinoamericano. Ha quedado atrás aquel deslinde de campos en que se oponían entre sí, de un lado, el desarrollismo liberal y el pensamiento único neoliberal, y del otro quienes enfrentaban el deterioro social y la degradación ambiental masivos del crecimiento económico basado en la explotación extensiva de ventajas comparativas espurias. Hoy, la discusión se traslada a lo profundo del desarrollo del capitalismo, una de cuyas tendencias busca en la ecoeficiencia y la explotación intensiva de nuevas ventajas competitivas el medio para encontrar nuevas oportunidades de crecimiento y acumulación en la propia crisis que aqueja al sistema mundial.

Encarar este momento de la historia de las interacciones entre los sistemas naturales y los sistemas humanos en la región, poniendo en evidencia sus implicaciones para la sostenibilidad del desarrollo de la especie humana es una tarea que plantea singulares dificultades de orden teórico y metodológico. En particular, porque exige de nosotros el esfuerzo de pasar de un enfoque estructural, referido a modelos de clara orientación productivista más o menos bien definidos a priori, a otro referido a relaciones de interdependencia entre factores múltiples en cambio constante, orientado a la construcción de opciones para un desarrollo que sea sostenible por lo humano que llegue a ser. Y dado que toda nuestra educación ha tendido a formarnos en torno a la primera de esas concepciones, el solo hecho de reconocer y enfrentar este reto representa ya un logro muy importante para nuestra cultura ambiental, sobre todo si consideramos la larga duración que usualmente tienen los procesos de cambio cultural en la historia de nuestra especie.

No hay otra manera, sin embargo, de establecer el camino hacia la sostenibilidad del desarrollo humano en nuestra América. Regresando al comienzo para llegar al final de esta reflexión, hoy empezamos a entender que el desarrollo sostenible no es el crecimiento económico con preocupaciones ambientales, sino el camino hacia la creación de sociedades nuevas, capaces de ejercer en sus relaciones con la naturaleza la armonía que caracterice a las relaciones de sus integrantes entre sí, y con el resto de sus semejantes.

Para esa tarea de creación, la historia nos ofrece tres lecciones de especial importancia. La primera consiste en que no hay un pasado al cual regresar, y que cualquier ilusión de retorno a mundos imaginados de antaño no es sino la otra cara de los temores que nos inspira el futuro. La segunda, por su parte, nos indica que no estamos por necesidad condenados ni a la perdición ni a la salvación, pero sí al ejercicio de nuestra responsabilidad hacia nuestros semejantes en la tarea de escoger entre los inconvenientes de las distintas opciones de futuro que nos ofrece el momento de bifurcación en que ha venido a desembocar la crisis en curso en el sistema mundial.

Y la tercera – quizás la más importante – de esas lecciones, por último, nos advierte que sólo llegará a ser viable aquella opción que adquiera el carácter de una fuerza natural, de orden geológico eruptivo, al convertirse en núcleo de una nueva racionalidad de masas en nuestras sociedades. En la creación de esa fuerza natural radica el mayor desafío de la educación ambiental en nuestra América, y ese desafío sólo podrá ser encartado con éxito si se entiende que – si de formar para transformar se trata – la educación ambiental es la educación. Porque esa es la tarea verdadera: no limitarse a mitigar lo peor de las consecuencias de la crisis que nos aqueja, sino encararla en la oportunidad que nos ofrece para transformar el Nuevo Mundo de ayer en el corazón que nutra la creación del mundo nuevo de mañana.



